la total ignorancia del informante para evitar perturbarlo o condicionarlo.

Como apéndice a esta reseña analítica aclaro que, si en ella se ofrece un comentario tanto de la letra como del espíritu del texto, se debe a que María Luisa Regueiro se sometió amable y pacientemente a un extenso interrogatorio que me permitió una más ajustada claridad interpretativa.—*MYRIAM NAJT (Galileo, 47. MADRID-15).*

MARIO VARGAS LLOSA: *La señorita de Tacna.* Biblioteca Breve. Editorial Seix Barral. Barcelona-Caracas-México, 1981.

La costumbre, tantas veces enemiga de la plenitud de la realidad y otras tantas necesaria para su disfrute y defensa, identifica a Mario Vargas Llosa como narrador. Pero es necesaria a la costumbre la sorpresa y, muchas veces, la sorpresa no es otra cosa que un retorno, una navegación por rutas olvidadas, por zonas, paisajes y circunstancias que fueron (son) parte esencial de una trayectoria, de un destino. Median casi treinta años entre el estreno de una pieza teatral de un joven y naturalmente desconocido autor peruano y la publicación de *La señorita de Tacna.* El espacio temporal entre estos dos textos lo ocupa una biografía copiosa en pormenores que, ante todo, es la ilustración de una entrega a las palabras; la busca y encuentro de un lenguaje; el establecimiento de unos valores; la creación de un universo que resulta imposible ignorar, y el tenso y lúcido ejercicio de una inteligencia en constante comercio con todas las zonas de la realidad. La maestría de Vargas Llosa como autor de ficciones es capaz de resistir las astucias del mejor abogado del diablo. Y sus reflexiones sobre el oficio del escritor son un documento imprescindible para la comprensión de este quehacer que demanda una plena participación. Recuerdo con nostalgia un folleto de propaganda que, entrelazando imágenes perfectas y oraciones que ilustraban un concepto de la vida, establecía un inventario de precisiones que procuraban definirla. El tiempo y la experiencia me permitieron agregar versiones a esas páginas ya perdidas para siempre. Una geografía de espacios diversos y cambiantes profundizó esos conceptos, pero a su vez me demostró que más allá de latitudes y longitudes, y de circunstancias cuya gravitación determinó modelos de existencia, en cualquier tiempo y lugar existen constantes cuya fijeza participa de una mecánica que siempre ofrece nuevas posibilidades de aproximación. Leyendo en la noche madrileña —tan remota de los abrumadores excesos america-

nos— *La señorita de Tacna* volví a vivir a lo largo de ese texto historias afines que ya son parte central de mis recuerdos y que, también, integran el caudal de una memoria colectiva. Pero al mismo tiempo que el magnífico desarrollo de la pieza colmaba mi imaginación —tocando esos puntos neurálgicos que son patrimonio de tantos pudores históricos, sociales y familiares— participé de la experiencia mayor del nacimiento y desarrollo de una historia. En «Las mentiras verdaderas», texto que sirve de introducción a *La señorita de Tacna,* dice Vargas Llosa:

> Aunque, en un sentido, se puede decir que *La señorita de Tacna* se ocupa de temas como la vejez, la familia, el orgullo, el destino individual, hay un asunto anterior y constante que envuelve a todos los demás y que ha resultado, creo, la columna vertebral de esta obra: cómo y por qué nacen las historias. No digo cómo y por qué se escriben —aunque Belisario sea un escritor—, pues la literatura sólo es una provincia de ese vasto quehacer —inventar historias— presente en todas las culturas, incluidas aquellas que desconocen la escritura.

Pienso que esa aventura constituye el elemento fundamental del contar, y pienso que contar será siempre un hombre junto al fuego, rodeado de otros hombres, y que esos hombres que escuchan no están pendientes del obvio flujo del discurso, sino de cómo las palabras se van reuniendo para, más allá de lo que dicen, formular un espacio, un ámbito, un tiempo fuera del tiempo, que se integran en la inteligencia y sensibilidad del que recibe y recrea, gracias a la inteligencia y sensibilidad del que dice con una intuición en vilo. La historia que crea Vargas Llosa en *La señorita de Tacna,* donde el autor-personaje no puede desligarse de un destino y las preguntas sin respuesta de ese destino, ni puede tampoco desligarse de su función de *escribidor,* es en verdad la historia de cualquiera y todas las ficciones. Lo que resulta singular en esta obra es cómo Vargas Llosa integra sin sobresaltos el claustro del creador con el horizonte de sus personajes, salvando magistralmente el vacío comunicante que existe entre los mismos. Mantengo que todas las invenciones se afincan en la realidad —y la realidad es tantas veces los sueños— y que las obligaciones que tiene el creador para con ella trascienden las de la enumeración. Todo hecho o suma de hechos se cumple en dos momentos. El primero es cuando se verifica. El segundo es cuando lo enfrentamos y es contado. Y es éste el momento en que todos los elementos de la historia adquieren su verdadero sentido, y la historia deviene historia. Sin lugar a dudas, lo que se cuenta en *La señorita de Tacna* admite nuevas versiones. Sin duda, también, con una aguda

sensibilidad, Vargas Llosa ha dado en esta *versión* una imagen insostayable de una época, una familia, un medio social. Esta recreación donde el detalle adquiere proporciones entrañables, donde el drama individual y sus ramificaciones nos envuelven e interrogan, donde la eficacia en la utilización de los recursos dramáticos salva la problemática de los tiempos diversos y del entrecruzamiento de historias y situaciones, donde la función del creador es expuesta en toda su tensión, en su miseria y grandeza, en su jornada tras jornada, singulariza *La señorita de Tacna*, la convierte en pieza excepcional no sólo en el marco del teatro hispanoamericano contemporáneo, sino dentro de la dramaturgia que hace y fija nuestra época. Cuando conocí a Vargas Llosa, recién publicada su novela *La ciudad y los perros*, recuerdo que hablamos de cómo esas tierras que exhalan el verano necesitan de una perpetua invención de su realidad, magnífica y terrible. Ya son muchos los años que Vargas Llosa ha dedicado a esta invención que es nuestra especie de vida. Mamaé, abuela Carmen, abuelo Pedro, Agustín, César, Amelia, Belisario, Joaquín, la señora Carlota, guerras, desastres naturales, sueños, miserias, el ir y venir que determina la fatalidad, las pasiones, las raíces de un existir que sólo conoce los imperativos del tiempo, la educación, las tradiciones, los dictados de la necesidad, la esperanza, la resignación, la muerte y el silencio, ya forman parte de una realidad que trasciende sus límites naturales —siempre desmesurados—, para integrarse a una realidad mayor que no se define por fronteras ni estilos. Debo agregar que *La señorita de Tacna*, como toda gran obra teatral, no sólo se debe a la magia de la representación, sino también a la lectura, que siempre va más allá de las seducciones del escenario.—*ARMANDO ALVAREZ BRAVO (Lérida, 9, 7.° A. MADRID-20).*

ROMA MAHIEU: *La gallina ciega*. Editorial Vox. Colección «La Farsa». Madrid, 95 pp.

Mundo fiero el del teatro de Roma Mahieu. Fiero y fulero. Lo destapó en *Juegos a la hora de la siesta*, lo que le reportó sonados dolores de cabeza. Lo sacude como una maraca cargada de piedras o chatarra, sin pretender sonidos musicales, en *La gallina ciega*.

Esta vez los muñecos de su retablo no son niños, sino la deformidad y la contradicción del niño, que siguen siendo lastre cuando se pasa a hombre. O, digamos, mayor.